

DE LA MODERNIDAD A LA POSTMODERNIDAD: INFLEXION DEL PSEUDOPROFETISMO

POR

FRANCISCO CANALS VIDAL

Al concluir nuestra reunión, en la que desde tantos puntos de vista se han formulado precisiones y discernimientos acerca de la modernidad romántica y de la postmodernidad anticristiana, en estos tiempos que parecen caracterizarse por el fin de lo moderno y la transición a lo postmoderno, no tendría sentido que con mis palabras intentase de nuevo un esfuerzo de aclaración conceptual sobre el significado del Romanticismo, sobre el carácter propio de lo moderno, o sobre aquello que podríamos nombrar como lo postmoderno.

He titulado mis palabras: «Inflexión del pseudoprofetismo». Porque éste es el enfoque desde el que quisiera sugerir una reflexión sobre la responsabilidad y la tarea de los católicos en la singularísima, y por tantos conceptos desconcertante, situación contemporánea.

Me sería imposible hablar ante ustedes, los «Amigos de la Ciudad Católica», de este misterio *propriamente apocalíptico* del falso profetismo, sin dar testimonio, con muy humilde agradecimiento, de la herencia espiritual del P. Ramón Orlandis, y de su mensaje y llamamiento, que sentimos cada vez más como oportuno y apremiante, y de una actualidad creciente desde los tiempos en que se desarrolló, especialmente en la formación de *Schola Cordis Iesu*, y en la inspiración y orientación de la revista *Cristiandad*, fundada, hará muy pronto cincuenta años, en 1944.

Mis palabras se van a mover, por esta razón, en el contexto de la Doctrina teológica sobre la historia sobre la que escribió

el jesuita mártir Juan Rovira, sobrino según la carne del propio P. Orlandis, y también discípulo e hijo espiritual suyo. Teología que, con mayor atención que el propio P. Rovira a las corrientes culturales y políticas del mundo surgido de la Revolución francesa, fue tema constante de las enseñanzas y de las conversaciones del P. Ramón Orlandis.

Hace algunos años, en el Congreso de la Ciudad Católica que tuvo lugar en Poblet, en unos «Recuerdos y reflexiones sobre la teología de la historia del P. Orlandis» hablé ya de esto. Del fin del Imperio Romano, hecho de algún modo contemporáneo a nosotros, y con él del fin del ejercicio práctico del principio de autoridad en todos los ordenes de la sociedad humana; expliqué que para el P. Orlandis este hecho implica la remoción de «lo que detiene» la operación en el mundo del «misterio de iniquidad», de que habla San Pablo en la Epístola II a los Tesalonicenses.

A este «misterio de iniquidad», todavía más literalmente podríamos llamarlo misterio de carencia de norma, carencia de ley y orden interno en la vida de los hombres. Y esta expansión del misterio de la anormalidad hace posible, según San Pablo, la manifestación en el mundo del «hombre del pecado», hombre de la perversidad y rebeldía, que se enfrenta y se pone en contra de «todo lo que se llame dios o reciba culto», hasta sentarse a sí mismo a modo de templo y en él hacerse adorar.

Este ejercicio, colectivo y universal, del antiteísmo antropocéntrico, que la Sagrada Escritura anuncia como el reinado del Anticristo, era interpretado por el P. Rovira y por el P. Orlandis como la culminación, en la historia de la humanidad, de la tiranía soberbia del poder político enfrentado al gobierno de Dios sobre el mundo y sobre las naciones. Se trata de aquella apostasía profetizada en el salmo segundo, en la que los pueblos y las naciones se conjuran contra Dios y su Mesías.

La apostasía del mundo cristiano, negándose a aceptar «el suavísimo dominio de Cristo Rey» proclamado por el Papa Pío XI en la *Quas primas*, y al que está llamado y destinado por Dios, se ha realizado, con la máxima eficacia y penetración en

todas las dimensiones de la vida de los hombres, actuando contra Cristo desde el Estado separado de El, y por la influencia primeramente sobre todo a través de la escuela, y ahora también por los medios de comunicación social.

Ha sido una actuación desintegradora del orden cristiano, en una primera etapa estimulando la rebeldía del hombre contra la revelación y el orden sobrenatural, y ahora también actuando contra el orden querido por Dios mediante la hostilidad, el desprecio, la insidiosa propaganda ambiental en contra del orden mismo natural y humano: en contra de la autoridad en la familia, en contra de una comprensión correcta de la tradición y del progreso de las ciencias. Estamos ante una contaminación de algo así como una alergia contra la normalidad, contra lo que sería normal en el orden de la naturaleza sanado por la gracia de Cristo de la herida del pecado.

Durante varios siglos el mundo cristiano ha sido tentado mediante la adulación de la bondad natural del hombre, y la exageración soberbia del poder de la voluntad humana y de la cultura humana. Pero el linaje humano pecador es el destinatario de la Redención por «el que quita los pecados del mundo». Y la concepción católica sostuvo siempre, frente a protestantes y jansenistas, que el pecado original, y los pecados individuales de los hombres, hieren la naturaleza, pero no la corrompen totalmente en su bondad, en cuanto creada por Dios.

Ahora estamos en un tiempo en que el ataque ejercido en el obrar del misterio de iniquidad por la acción de Satanás, se dirige contra todo lo que quede de bien natural en los hombres, en las sociedades, en la cultura, en la ciencia, en el arte.

Este carácter anárquico, «antinomista», inclinado al elogio de toda locura, y a la crítica de cualquier actividad rectamente ordenada, que será siempre calificada como rutinaria y aburrida, muestra en nuestro tiempo el pleno estallido de unas corrientes que, con carisma profético, había descrito y denunciado San Ignacio en algunas de sus «reglas para el sentido verdadero que una Iglesia militante debemos tener». Este «antinomismo» viene a ser ahora el núcleo central del mensaje del pseudoprofetismo.

En esto mismo se revela como culminación de un obrar del «misterio de iniquidad» que San Pablo afirmaba darse ya en la edad apostólica. Los dualismos gnósticos que se concretaron en el maniqueísmo, las «antítesis» de Marción que enfrentaban a Cristo con la obra del Dios Creador y Legislador revelado en el Antiguo Testamento; los vemos hoy reproducirse en cierto tipo de predicación, que pretende partir de las diatribas de Jesús contra los Fariseos para concluir en la descalificación de la Encíclica *Splendor Veritatis* y del Catecismo de la Iglesia católica, y considerar como hipocresía toda reafirmación de la vigencia de la Ley Divina para los hombres de nuestro tiempo.

Al hablar del pseudoprofetismo, no empleo este término de un modo abstracto, y como si quisiera elaborar algo así como una «fenomenología» de aquello que conduce desde lo moderno a lo postmoderno.

Hablo desde la teología de la Historia, según el P. Orlandis nos enseñó a leerla en la Sagrada Escritura, hablo de aquel mensaje que es anunciado a los hombres por «otra bestia que subía de la tierra, y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, mas hablaba con palabras de dragón» (Apoc. 13, 11.). De esta bestia se dice que lleva a los habitantes de la tierra a la adoración de la bestia primera, la que simboliza la potestad política anticreocrática, que lleva a los hombres a la adoración de sí mismos en el reino del Anticristo.

Tenemos, pues, que lo que se nos anuncia en el lenguaje del Apocalipsis es que la humanidad se verá sugestionada, empujada por una predicación pseudoprofética, hasta imbuírsele las convicciones que le llevan a adorar al hombre como si en lo humano consistiese lo supremo y merecedor de adoración.

Y que esta actitud le será predicada con rostro de cordero, es decir, evidentemente, con apariencia «cristiana», pero con un lenguaje en que se revela precisamente el odio del Dragón: el Dragón y la Serpiente antigua es presentado en el propio libro como «acusador» contra los fieles de Cristo, contra los hijos de la Mujer, que es María y la Iglesia Madre. Hostilidad contra los hijos de Dios y los fieles a Cristo. Oímos muchas veces, con pre-

textos que quieren presentarse como «evangélicos», denuncias globales totales e injustas según las cuales la vida cristiana y católica tradicional consistiría toda ella en una religiosidad falsa legalista y farisaica.

Este falso profetismo ha tenido una vigencia profunda en el pensamiento cristiano desde el injerto del mensaje católico-liberal en el «movimiento católico»; ha subordinado la tarea social y política de los cristianos al falso mesianismo del «advenimiento» de la democracia universal y del socialismo. Ha puesto la fe cristiana al servicio de «otras cosas», obviamente entendidas como superiores a ella: «cristianos para...». Ha quebrado y descentrado de su perspectiva teocéntrica el pensamiento teológico, la pastoral, la predicación y la catequesis, y ha actuado con eficacia desorientadora en las deformaciones de la llamada «teología de la liberación».

Tengo la convicción de que desde esta perspectiva teológico-histórica en que se movieron las tareas del P. Orlandis, se pueden ejercer los discernimientos adecuados, ante las múltiples consignas con que se quiere a veces sugerir entusiasmos desorientados. Se nos dice que estamos ante una situación nueva: ya no nos encontramos en el mundo de los optimismos de la filosofía de la historia del progresismo liberal o del positivismo, que esperaba de una política de inspiración científica el «orden y progreso» para la humanidad; ha quebrado —y por cierto sin que fuese anunciado esto por ninguno de los falsos profetismos modernos o postmodernos— el imperio político del que llamaban «socialismo real», y al que profesaban, en el fondo, y muchas veces en lo expreso y manifiesto, profunda simpatía la gran mayoría de la intelectualidad progresista e izquierdista del occidente.

Y puesto que estamos ante una situación nueva —se nos quiere sugerir— en la que ya no chocamos con «dogmatismos» infundamentados instalados en falsas certezas, se nos quisiera hacer admitir como una congruencia del mensaje cristiano con el mundo de hoy, el que hayamos entrado en tantos casos en la inseguridad cultural, la crisis de las ciencias, el desprestigio de

las filosofías, la desconfianza social en las perspectivas de futuro que pudiesen ofrecer sociólogos o economistas.

Pero, si reflexionamos sobre lo que con esta nueva inflexión del falso profetismo se nos sugiere, advertiremos que se nos viene a decir que el «pasotismo» de las nuevas generaciones y la anarquía cultural y estética, han de ser vistas como un acercamiento al orden cristiano, quebradas ya las instalaciones seculares de la modernidad occidental en el racionalismo, el cientificismo, el progresismo liberal, el optimismo sobre el desarrollo técnico y económico, o la acción de providencia humana universal del «estado del bienestar».

Pero según esto, y con una invitación parecida a la que se dio a los católicos con la consigna «Dios y libertad», se vendría ahora a sugerirnos una alianza entre la penetración del Espíritu cristiano en la sociedad y los movimientos «contraculturales», «anticientíficos», que desde pretextos «ecologistas» o a través de corrientes musicales, vienen a combatir, en un orden social profundamente descristianizado y «antinatural» e inhumano, casi las únicas cosas que pudiesemos todavía hallar como vigentes y reconocibles como dignas de no ser destruidas. Porque por este nuevo profetismo «pseudo-evangelizador», seríamos invitados a ponernos en vanguardia, en nombre de la «no discriminación de los sexos», y de la «libertad de la mujer», de todas las aberraciones que ven como un progreso la legislación que defienda el divorcio, el aborto, el homosexualismo, y la total inversión de la moral cristiana y católica sobre el matrimonio y la familia.

Vuelve a mi recuerdo el P. Orlandis: en tiempos en que se formulaban muchas veces elogios de la «modernidad» y de la superación de lo anticuado, o de la «síntesis equilibrada» entre lo antiguo y lo moderno; y que con tales elogios se hablaba, por ejemplo, de Francisco Suárez, el Doctor Eximio, como llevando en su pensamiento «la savia precursora del pensamiento filosófico moderno» — así se habló en el preámbulo del decreto en el que se establecía oficialmente por el Estado español, en 1948, la conmemoración centenaria de Suárez — reaccionaba el P. Orlandis, con actitud rotunda y clarividente anunciando la ya in-

mediata quiebra de tantos «eclecticismos» y «centrismos», culturales, filosóficos y teológicos:

«Por más vueltas que le den, decía, ya verán cómo los jesuitas que vendrán, o serán tomistas, o serán “existencialistas” o ... cualquier cosa, pero no serán ya suaristas».

Lo que, por encima de todo, y en el fondo de todo, preocupaba al P. Orlandis, era la insuficiente atención práctica a la gracia de Cristo como causante del bien en el hombre y en la sociedad, y pudiendo aportar el único remedio a sus males.

Comentando las reglas de San Ignacio acerca de la necesidad de no caer en el peligro protestante que, a pretexto de ponderar la fe y la gracia, destruía el bien obrar y la vigencia en el hombre de la ley divina, y reconociendo que también hoy son plenamente oportunas, advertía que según el espíritu de San Ignacio habría que recordar también la advertencia correlativa y en cierto sentido «inversa»:

«¿Quién podrá dudar —escribió en la revista “Manresa” en julio de 1936— que en nuestros tiempos de naturalismo y de neopelagianismo de exaltación presuntuosa, necia y verdaderamente heretical de las fuerzas psicomorales de la naturaleza y de la voluntad humanas, pide la mayor gloria de Dios que se hable, y no poco, de la necesidad y de la virtualidad sanativa y salvadora de la fe y de la gracia?».

En nuestra situación las observaciones y advertencias del P. Orlandis cobran una nueva actualidad. Nos hallamos ante el olvido y desprecio de la Divina gracia, y, más extensa y ruidosamente, nos hallamos inmersos en el torbellino desintegrador de la naturaleza humana y del orden social. En este torbellino, que se originó en la etapa romántica de la modernidad, y que parece haber estallado en la postmodernidad, tiende a ser visto como ya caducado irremisiblemente, todo el pensamiento milenario ejercido asumiendo la filosofía verdadera bajo la fe cristiana, por

los Santos Padres y muy especialmente por grandes Doctores escolásticos. Y en el hundimiento de la «escolástica» —en gran parte por el ambiente que fue posibilitado por la crisis romántica— ha quebrado también para muchos la convicción de la perenne verdad no ya sólo del «patrimonio filosófico perennemente válido», sino de la misma dogmática ortodoxa y católica.

Diríamos que apenas se invoca por algunos la gracia o la salvación por Cristo más que como pretexto para la lucha contra lo «establecido» en la Iglesia jerárquica. Resulta hoy luminosa la profética advertencia de San Agustín que, teniendo ante sí el naturalismo pelagiano y la hostilidad antinatural maniquea, comentaba, en el año 427 en una carta a «Valentín», el texto del libro de los Proverbios (IV, 27):

«Haz senderos rectos para tus pies y dirige tus caminos; no te desvíes ni a la derecha ni a la izquierda. Porque los caminos que están a la derecha los conoce el Señor, y son perversos los que están a la izquierda».

Se pregunta San Agustín:

«¿Por qué dijo: no te desvíes ni a la derecha ni a la izquierda? Puesto que son buenos los caminos que están a la derecha, debería haber dicho: toma la derecha y no vayas hacia la izquierda. ¿Por qué si, los caminos que están a la derecha son buenos, no es bueno el desviarse hacia la derecha? Desviarse hacia la derecha es querer atribuir a sí mismo, y no a Dios, aquellas mismas obras buenas que pertenecen a los caminos que están a la derecha». «Por eso os dice: no os desviéis ni a la derecha ni a la izquierda, esto es no defendáis la libertad de albedrío de modo que le atribuyáis sin la ayuda de la gracia divina las buenas obras; no defendáis la gracia como si, teniendo la seguridad de ella, améis el obrar mal».

San Agustín, que nos advierte que debemos andar por los caminos que Dios conoce, nos advierte el peligro que tenemos por

desviarnos por estos mismos caminos atribuyendo el bien a nosotros mismos y no a la gracia de Dios. Mientras presenta como desviación hacia la izquierda la invocación de la gracia divina contra el obrar según la gracia de Dios.

Mientras hoy oímos combatir la ortodoxia, la escolástica, y el pensamiento político y social acorde con la ley natural y cristiana, con pretextos pseudoproféticos, «con máscara de cordero y lenguaje de dragón» no nos equivoquemos pensando que podemos trabajar «Para que El reine» con esfuerzos filosóficos, sociológicos, de pensamiento político verdadero y conforme al reinado de Cristo, sin que sintamos profunda y prácticamente que sólo en el Corazón de Cristo está nuestra esperanza.

Ante las anarquías e inconsistencias proclamadas hoy, no podríamos encontrar remedio, ni siquiera por los rectos caminos heredados del orden cristiano tradicional, si no fuésemos enteramente conscientes de la necesidad de apoyarnos, sin poner límites a nuestra esperanza, en el amor misericordioso de Dios, en la fidelidad de Dios a sus promesas, en el mensaje, que el P. Orlandis insistía en proclamar con las palabras y el espíritu de Santa Teresita del Niño Jesús, de la omnipotencia salvadora del amor del Corazón de Jesús y de su Madre Inmaculada. Ninguna obra recta, aunque pudiese ser obrada por nosotros, sería de otra manera capaz de aportar a la humanidad de hoy la salvación que necesita, y que Dios quiere ofrecerle y que nos sentimos llamados a proclamar, a anunciar y a servir.